

de este álbum en los siglos posteriores, con lecturas morales que continúan reproduciendo los mismos prejuicios de antaño, reciclados al cobijo de nuevas doctrinas supuestamente científicas.

“Una imagen dice más que mil palabras”, reza la consabida consigna publicitaria que esta investigación se encarga de dinamitar, al documentar de manera elocuente la importancia de hacer dialogar a la fotografía con otro tipo de documentos para empezar a plantear posibles lecturas e interpretaciones ancladas a los contextos históricos a los que pertenecen las imágenes.

En este sentido, este interesante trabajo constituye una importante herramienta para todos aquellos interesados en hacer dialogar a la historia social con un *corpus* iconográfico en particular.

Así pues, queda claro que no basta con ser “expertos” en alguna rama de las posibles disciplinas que estudian las imágenes. Lo realmente importante es construir una investigación sólida y profunda, como la que hemos abordado en estas líneas, que sirva como punto de partida para hacer hablar a las fuentes visuales e interrogarlas desde perspectivas concretas.

Alberto del Castillo Troncoso

*Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora*

MACARENA PONCE DE LEÓN ATRIA, *Gobernar la pobreza. Prácticas de caridad y beneficencia en la ciudad de Santiago, 1830-1980*, Santiago de Chile, Universitaria, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2011, 377 pp. ISBN 9789561123540

Este libro es otro aporte importante a la temática de la asistencia social en el siglo XIX y principios del XX en Latinoamérica, tema

que en las últimas décadas se ha enriquecido con trabajos importantes sobre distintos países de la región.

El libro que reseñamos es el resultado de una tesis doctoral realizada en la Universidad Católica de Chile y que recibió el premio Miguel Cruchaga Tocornal de la Academia Chilena de Historia. Se trata de un esfuerzo de investigación amplio sobre la relación entre pobreza y sociedad, concentrado en la ciudad de Santiago de Chile en el siglo XIX. La autora entiende la pobreza como una noción amplia, compleja y cambiante en sus diferentes contextos históricos. El periodo estudiado corresponde a la reorganización del nuevo Estado republicano de orientación liberal desde 1830, que a su manera continúa algunas de las definiciones del problema realizadas por los ilustrados de finales del siglo XVIII, y se cierra a finales de 1880, con las transformaciones introducidas a la atención de los pobres terminando el siglo y que coincide con algunos aspectos del proceso de centralización estatal en ese ámbito.

La autora realiza un interesante balance historiográfico sobre el tema de la pobreza y los aspectos relacionados con ella, abarcando las realidades europeas y latinoamericanas, lo que le permite indicar de manera documentada la ausencia de los estudios sobre las prácticas de caridad y de beneficencia en las décadas de 1960 y 1970, años en los que la atención parece haberse centrado más bien en los grandes procesos económicos y políticos de la sociedad, como determinante casi que exclusivo de la situación de las clases sociales, un hecho que puede ser aproximadamente cierto, pero que en términos investigativos terminó traducándose en la ausencia de estudios concretos sobre las formas de pobreza y sobre las maneras de enfrentarla en una sociedad concreta. Esta constatación conduce a la autora a situar su investigación en una perspectiva sociocultural empírica que le permite indagar sobre las dinámicas propias de las instituciones, sobre las formas de sociabilidad y las relaciones sociales establecidas en el ejercicio de la asistencia social, lo que constituye un esfuerzo por superar el hori-

zonte de lo simplemente estructural y acercarse a la descripción de dimensiones de la acción social que con demasiada frecuencia abandonan el análisis de la vida de las clases sociales subalternas y el estudio de los procesos de hegemonía política y cultural de una sociedad dada.

Macarena Ponce de León nos presenta en los cinco capítulos del libro un panorama detallado de la problemática de la pobreza en Santiago y de las distintas formas de buscar soluciones a esa realidad por parte del Estado y de otros grupos sociales, políticas enmarcadas en las discusiones de la época sobre los adelantos científicos en estos campos, en fuerte competencia con las orientaciones religiosas habituales sobre la caridad.

A lo largo de su amplio trabajo, la autora expone la expansión y crecimiento de la ciudad de Santiago, especialmente en la segunda mitad del siglo XIX, momento en que los pobres se hicieron más visibles y se constituyeron como motivo de “preocupación” para muchos de los grupos dirigentes de la sociedad y para algunas de las instituciones del Estado. La construcción de datos estadísticos sobre la situación de los habitantes de la ciudad fue una de las formas de afrontar la propia situación de las clases que aparecían como “desfavorecidas”. La información que más preocupaba en aquel entonces era la que se relacionaba con la alta mortalidad infantil y femenina, lo que daba contornos específicos a la forma de entender y tratar de combatir la pobreza. En esos nuevos usos sociales de la ciencia social que empezaba a consolidarse aparece también el estudio de la vivienda y se logra hacer una primera aproximación a la población pobre en algunos enclaves del centro de la ciudad, aunque se pudo constatar también que la mayoría de la gente pobre se encontraba en la periferia de Santiago. Ya en esa época se hicieron estadísticas de los pobres incapacitados para trabajar y se tuvo noticia de los asistidos en las instituciones de beneficencia. Se logró igualmente llegar a algunas primeras conclusiones sobre la población pobre urbana —en este caso en la ciudad de

Santiago. Así, por ejemplo, que la población pobre había aumentado durante el siglo, que para 1880, 70% de la población de la ciudad se encontraba en situación de pobreza, y que los niños y las mujeres –estas últimas en diversas situaciones: solas, casadas, viudas o ancianas– eran los grupos sociales más vulnerables. Una situación que, como se sabe, era común en otros países latinoamericanos que mostraban perfiles similares en cuanto a avances de la forma urbana de vida y surgimiento de nuevos modos de pobreza asociados a ese tipo nuevo de hábitat.

En cuanto a las maneras de enfrentar el creciente fenómeno de la pobreza, el libro muestra que una de las primeras medidas que se tomaron para hacer frente a la situación fue la creación de las Juntas de Beneficencia —tal como se expone en el primer capítulo. Las primeras juntas, fundadas en 1820, eran, según la autora, corporaciones civiles de régimen mixto, público y privado, que dependían directamente del Ministerio del Interior en la elección de sus integrantes y que administraban fondos públicos, además de donaciones privadas. El carácter público de las Juntas de Beneficencia radicaba no sólo en el origen de parte de sus fondos, sino en la forma de nombrar a sus miembros y en la vigilancia que el Estado ejercía sobre la actividad benéfica. Los miembros de las Juntas eran hombres de un sector social alto bastante homogéneo, políticamente activos, unidos en ocasiones por estrechos vínculos familiares, quienes dedicaban su tiempo de forma voluntaria y sin pago a la administración y gobierno de los asilos de pobres, encargándose del régimen interior y económico de los asilos, diseñando sus reglamentos y asegurando la buena inversión de sus fondos.

El libro señala la existencia del crecido número de 66 Juntas de Beneficencia en 1880, momento en que se crea la Sección de Higiene y Beneficencia en el Ministerio de Gobierno, que será uno de los primeros pasos tanto para que el Estado chileno asumiera completamente la responsabilidad social del problema de la pobreza, como para el avance del proceso de centralización. En

1892 se crea el Consejo Superior de Higiene Pública y el Instituto de Higiene, un hecho importante para el análisis, porque proporciona nuevas indicaciones para conocer cuándo y cómo los distintos estados latinoamericanos incorporaron la responsabilidad de la seguridad social en sus obligaciones políticas.

Sin duda, los avances en la medicina, en particular en el campo de la higiene, y la progresiva influencia de los médicos en la sociedad, propiciaron un ambiente favorable para la institucionalización de nuevos conocimientos y nuevas formas de ejercicio profesional, lo que se va a reflejar en la aparición de nuevos estudios sobre los pobres y la pobreza, y en diferentes intentos de mediciones de la población trabajadora y vulnerable, así como también en intentos de nuevas políticas por parte de las instituciones que atendían a los necesitados. Los hospitales dedicados más a asilar a los pobres que a sanar, poco a poco van a cambiar su función y la atención será profesionalizada, acorde con los avances de la medicina, para dar acogida exclusivamente a los enfermos, en la acepción moderna de la expresión. Como bien lo plantea la autora, la racionalización de la atención médica llevó a la separación de las afecciones menores y contagiosas: los apestados se enviaron a los lazaretos, los locos a la Casa de Orates; los incurables, enfermos crónicos, viejos y moribundos al Hospicio, y los pobres levemente enfermos se atendían en los dispensarios de los barrios populares. Estos dispensarios, creados desde mediados del siglo XIX, brindaban atención gratuita de dos horas diarias, realizaban pequeñas cirugías y tenían boticas. Además, los médicos que trabajaban en estos sitios también realizaban visitas domiciliarias. El proceso de definición de las nuevas categorías de los más necesitados, que trajo consigo diferentes formas de asistencia cada vez más especializadas, es sin duda otra cuestión de relevancia en el tema amplio de la atención a los pobres, tema al que este libro aporta significativamente al constatar de qué manera el Estado y la sociedad chilena colaboraron en dirección de ese proceso, localizando

de manera cuidadosa el momento y lugar de esa transformación, lo que permite hacer comparaciones más o menos seguras de las formas y temporalidades en que en otras sociedades este proceso cobró una figura definida.

Por otro lado, los avances de la medicina y la mayor presencia de los médicos llevaron a dar los primeros pasos en la profesionalización del cuidado de los enfermos y en el mejoramiento de los hospitales de la ciudad, en particular del Hospital de San Juan de Dios, donde el Estado hizo inversiones importantes y donde las Hermanas de la Caridad de Francia llegaron a administrarlo a mediados del siglo XIX y a ofrecer atención más profesional a los enfermos. Sin embargo, los problemas de alta mortalidad de los párvulos y las epidemias permanecían en la ciudad, lo que llevó a los médicos a proponer también políticas preventivas.

La rehabilitación de los desvalidos es otro aspecto importante analizado en el libro de Macarena Ponce de León, como un aspecto notable de las políticas sociales del Estado en Chile, y que se cruza con actividades similares realizadas también por asociaciones particulares. En 1843 se prohíbe la mendicidad en las ciudades que tenían instituciones para acoger a los mendigos, como era el caso de Santiago y Valparaíso, y se instaura la identificación de los pobres con licencias visibles, como requisito para poder practicar la mendicidad en las calles. Los hospicios, aunque eran asilos y talleres al mismo tiempo, acogían sobre todo a los moribundos y a las personas incapaces de trabajar. La autora presenta una información muy completa de las características sociales de los que solicitaban asilo; características tales como edad, sexo, ocupación u oficio, procedencia, y por supuesto las categorizaciones asignadas institucionalmente para dar un lugar específico a cada uno de los solicitantes de atención y ayuda. Al lado de esto existían otras instituciones para acoger gentes de condición vulnerable, sobre todo a los niños: eran las casas de expósitos y las casas taller de San Vicente de Paul, que se encargaban de ofrecer la for-

mación en servicios domésticos y otros oficios manuales que les permitieran a los aprendices obtener ingresos en su vida adulta. Y al lado de ello, la enseñanza de la lectura, escritura y la aritmética. El libro aporta información pormenorizada sobre la Casa de Expósitos y la Casa de la Provincia de Santiago, lo que permite corroborar que la mayoría de los niños acogidos eran ilegítimos —según las normas sociales y morales vigentes— y que la mayoría había nacido en Santiago, tal vez hijos de inmigrantes. La información suministrada sobre las características sociales de los asilados en las instituciones de asistencia social permite completar aún más la “sociografía” de los pobres en la ciudad de Santiago.

Las visitas domiciliarias son tal vez uno de los aspectos presentados con mayor novedad, amplitud y profundidad en este libro —lo que corresponde a sus dos capítulos finales—. Las visitas fueron organizadas y realizadas por asociaciones de carácter privado, mientras que el Estado continuó con su labor institucional, aunque unos y otros compartieran el objeto de moralizar a los pobres. La principal asociación de este orden fue, como en tantas otras partes, la de San Vicente de Paul, creada en Chile en 1854 siguiendo los parámetros de la originaria parisina: una asociación al inicio masculina, de carácter laico y voluntario, autónoma de la jerarquía eclesiástica y el poder civil. Las mujeres ingresan a participar en ella en 1860. La autora describe en detalle su organización y subraya sus aspectos más importantes en el ámbito del tratamiento de la pobreza en Chile; también aporta datos sobre el número de familias socorridas y el número de bonos entregados en casi 20 años, información que muestra la presencia de esta asociación en la sociedad chilena y el impacto en la población menos favorecida, pero que igualmente permite comparar esta asociación chilena con otras que se crearon en otras sociedades hispanoamericanas siguiendo el mismo modelo francés, compartiendo la orientación y los criterios de su accionar así como atisbar su despliegue bastante consolidado por el continente latinoamericano.

La Sociedad de San Vicente de Paul en Chile se constituyó sobre la base de una densa actividad asistencial y sobre un entramado que conectó a instituciones de beneficencia y al Estado, y más tarde a todo este conjunto con las asociaciones obreras. Los grupos dirigentes y los intelectuales de la nueva sociedad moderna en formación conocían de la existencia de la miseria urbana, como una realidad de vieja data en su sociedad. Esa miseria y en general todas las dificultades para mantenerse y reproducirse en condiciones aceptables había sido retratada en las crónicas de muchos viajeros y había sido denunciada por algunas autoridades locales, preocupadas por el orden urbano. En alguna medida se conocían los pobres que rondaban las casas, las plazas e iglesias, o que vivían en sus cercanías, pero el acceso y la descripción detallada de sus viviendas, del interior de sus habitaciones, tuvo como consecuencia inmediata el conocimiento empírico y sociológico de la familia popular. Haber visitado en forma sistemática esos domicilios permitió hacer un acercamiento real a esos grupos, más allá de lo que sobre ellos podían ofrecer la imaginación y el prejuicio, y dio a los encargados de los “técnicos” en la pobreza cierto conocimiento y selección de aquellos a los que se consideraba los verdaderos merecedores de la atención. Se dejó en manos de la policía el viejo problema de la falsa pobreza, la Sociedad de San Vicente de Paul, como asociación especializada, se centró en el socorro de los necesitados, según un modelo y clasificaciones previamente definidas por los propios participantes en el proceso de atención, ahora sobre todo focalizado en familias que en su mayoría estaban conformadas por mujeres “jefes de hogar” viviendo con sus hijos, ya que los hombres al parecer iban y venían, circulaban por distintos sitios de trabajo, en diferentes partes del país, mostrando una movilidad de la que no podían participar las mujeres, encargadas, según una forma considerada “natural”, del cuidado y atención de los hijos.

Todos estos modos de contacto y de relación, de trabajo de atención y de socorro, parecen haber dado lugar a formas de rela-



ción paternalistas muy tradicionales, lo que no excluía, desde luego, la presencia de elementos “modernos” en la relación, en la medida en que la sociedad había ido desarrollando, sobre la base de una cierta concepción liberal del individuo, elementos de una ideología individualista, como cuando afirmaba la necesaria contribución del pobre a la mejora de su condición mediante el esfuerzo personal y el acceso a formas de modificación de la propia condición social, que son típicas de la sociedad moderna: su moralización mediante el trabajo, su alfabetismo y educación técnica, su avecindamiento en lugar fijo y, para los católicos, el ideal de vida cristiana. Como bien lo resalta Macarena Ponce de León, la importancia social de la Sociedad de San Vicente de Paul radica en haber desarrollado un modelo de caridad capaz de definir empíricamente la pobreza y establecer las relaciones necesarias para incorporarla a los beneficios de la modernidad urbana, educacional, cultural, económica y también política.

La autora concluye que a lo largo del periodo 1830-1880, lo sustancial del ideario reformista de la llamada “caridad ilustrada”, predicada por autoridades y por hombres de letras, y ya en marcha desde el último tercio del siglo XVIII, se había logrado y se había avanzado en cuanto a la especialización de los establecimientos de beneficencia pública y a la visita de atención domiciliaria, puesta en práctica como un dispositivo de conocimiento empírico de la pobreza y de los pobres urbanos, lo que permitió al fin de cuentas precisar y definir, para una época determinada, quiénes eran el “objeto” de la atención de aquellas asociaciones que habían definido como el centro de su acción uno de los fenómenos más característicos de la sociedad de los siglos XIX y XX.

Las nuevas concepciones sobre los desvalidos propiciaron un cambio en la forma de enfrentar el problema de la vagancia y la mendicidad, desde su control y persecución hasta su prevención. La reformulación del socorro institucional se focalizó en los huérfanos y en las mujeres desamparadas, en su cuidado, educación y

formación, mientras que las visitas domiciliarias fijaron su atención en la familia, pero compartiendo la idea de la moralización y la formación para el trabajo.

Por último, señala que la década de 1890 es el punto de quiebre con este largo periodo en que el Estado chileno diseñó diferentes políticas relacionadas con la pobreza y la atención de los pobres y la sociedad en general realizó distintas actividades de asistencia social. La autora resalta, como aspectos significativos de cambios a finales del siglo XIX, las orientaciones de la higiene difundidas e implementadas sobre todo por los médicos y las nuevas propuestas de la Iglesia católica concebidas en la encíclica *Rerum Novarum* que plantearon nuevas políticas sobre los pobres, como fueron programas de prevención, de vivienda, escuelas y talleres y la conformación de los patronatos obreros.

Se trata en síntesis de una excelente investigación, muy completa desde el punto de vista empírico y de interesante tratamiento conceptual, sobre el problema histórico de la pobreza en una naciente sociedad republicana y sobre sus formas de tratamiento, dando su lugar preciso a las políticas del Estado y a las distintas prácticas instauradas al respecto, tomando como foco central de análisis la ciudad de Santiago de Chile, pero proponiendo interpretaciones que van más allá del caso particular considerado.

Con seguridad se trata de un libro que será desde ahora un referente en la historiografía chilena sobre el tema, por la forma novedosa de su planteamiento, por la riqueza de las fuentes documentales, por su tratamiento y por sus análisis. Un trabajo de investigación que se incrusta en una serie de investigaciones novedosas sobre este tema, y que servirá para definir con mucha mayor exactitud el panorama latinoamericano en su conjunto. Tal vez la única observación que habría que hacerle a este relevante libro es que la división y oposición entre el Estado y la Iglesia católica, a veces planteada para acercarse a esta problemática de la pobreza en Chile, no permite ver a la autora las interrelaciones, las sobreposiciones

y a veces las concordancias en las orientaciones que expone en el libro, como tampoco las continuidades en las perspectivas de ambas instituciones, puesto que las distintas estrategias de atención a los pobres cambian pero también mantienen algunas formas, es decir, unas no reemplazan a las otras. La política del Estado chileno de centrarse en las instituciones de asistencia social no va en contravía, ni tampoco es sustituida totalmente por las estrategias de la visita domiciliaría expandida por las asociaciones modernas de la sociedad chilena, más que por la Iglesia católica; ambas convivían y van a continuar conviviendo por varios años. Y por otro lado, la autora algunas veces plantea el asociacionismo como hecho atribuido sólo a la dinámica y las orientaciones de la Iglesia católica, y aunque algunas de las asociaciones tenía relación con esta institución, no todas la tuvieron y las que mantuvieron esos lazos no necesariamente siguieron lo planteado en la doctrina católica, sino más bien lo que se encuentra en el libro son iniciativas de ciertos grupos sociales chilenos inquietos por las condiciones de vida de buen número de la población más allá de la Iglesia católica. Por eso, el objeto central del libro, la relación entre pobreza y sociedad, a veces se diluye en las explicaciones centradas en las aparentes contradicciones entre el Estado y la Iglesia católica.

Beatriz Castro Carvajal

*Universidad del Valle, Cali, Colombia*

ROBERTA LAJOUS VARGAS, *Historia mínima de las relaciones exteriores de México (1821-2000)*, México, El Colegio de México, 2012, 369 pp. ISBN 9786074624168

La metodología de Roberta Lajous, en su reciente *Historia mínima...*, es justo la adecuada para un libro de esa naturaleza. Con la intención de ofrecer un volumen sencillo, concreto, pero no